

EL VIAJE DE SU VIDA

por Lisa Ray Turner y Blaine Ray

Capítulo uno

Carlos Ayala estaba de viaje. Era el viaje de su vida. El viaje era un regalo de sus padres. Iba a hacer el viaje con sus padres y su hermana. Su hermana se llamaba Teresa. Viajaban en un crucero en el mar Caribe. El crucero iba a la península de Yucatán en México.

Carlos y Teresa y sus padres se subieron al crucero en Miami. La Florida era hermosa. No era como Cincinnati, donde vivía la familia Ayala. Era un lugar tropical con muchas palmeras por todas partes.

El crucero era fabuloso. Era grande y blanco. Cuando la familia Ayala se subió al barco, vieron a mucha gente. La gente llevaba ropa de turista. Todos los que trabajaban en el crucero estaban llevando ropa blanca—camisas blancas y pantalones cortos. Una de las mujeres estaba gritando:

—¡Bienvenidos a La Fiesta!

—Este barco es hermoso —dijo la mamá de Carlos. Estaba hablando muy fuerte. Carlos tenía vergüenza porque pensaba que todos podían oír las palabras de su madre. Su voz era muy fuerte.

—Hermoso —le dijo el papá de Carlos a su esposa.

—El barco se llamaba La Fiesta porque cada día es como una fiesta cuando estamos aquí —dijo la mujer.

El papá se rió y dijo:

—Me gusta este barco y me gustan las fiestas.

Carlos y Teresa se miraron y se rieron. Pensaban que su padre era un poco loco a veces.

Todos fueron a sus cuartos. La familia Ayala fue a su cuarto. Era muy pequeño. Las camas eran muy pequeñas y había un baño pequeño también. Todo era azul.

Carlos era muy alto. Cuando entró en el cuarto, tuvo que bajar la cabeza porque la puerta no era muy alta.

—Este es un hotel muy barato. Pero estamos en el agua —dijo Carlos.

—El cuarto pequeño no es importante. La gente que va de vacaciones en un crucero no pasa mucho tiempo en el cuarto —dijo la mamá de Carlos—. En el barco hay bailes, películas, comidas elegantes y mucho más. Hay de todo aquí. No importa dónde duermas.

—Sí. En el crucero puedes comer veinticuatro horas al día. Vamos a comer ahora —dijo el papá. Él siempre tenía hambre.

—Sí, vamos. ¡Tengo hambre! —le grita Teresa. Teresa siempre tenía hambre también.

Cuando el crucero salió, todos salieron a buscar comida. El barco era muy grande. Era muy difícil encontrar la comida. Había muchas personas. Todos llevaban ropa bonita y tenían caras felices. Los Ayala anduvieron por mucho tiempo. Después de buscar por diez minutos, encontraron un restaurante. El mesero era muy grande con dientes blancos y el pelo largo y liso. Cuando los vio, les gritó:

—¡Hola! ¿Qué necesitan?

—Una hamburguesa —le dijo el papá.

—Quiero un jugo de naranja y un sándwich de jamón —le dijo la mamá.

—Yo quiero pizza con mucho queso —le dijo Teresa.

—Y yo, una Coca-Cola bien grande —le dijo Carlos.

El mesero sonrió y regresó a la cocina.

—Mira el mar. Es muy hermoso —dijo el papá.

Todos observaron el mar. Era de un color azul bonito y todos podían ver el sol en la distancia. El papá les dijo:

—No hay nada así en Ohio.

—Es muy cierto, papá. No hay nada en Ohio —le respondió Teresa.

—No digas eso, Teresa. Ohio era bonito y era donde vivimos —le dijo la mamá.

Carlos estudió a las personas allí en el restaurante. Había otra familia con tres hijos. Estaban comiendo una pizza grande. También había tres mujeres viejas en la mesa de al lado. Estaban jugando a las cartas y bebiendo Coca-Cola. Había algunas parejas también. Una pareja era vieja. Carlos creía que eran abuelos. Había otra pareja que andaba en ropa de playa. Tenían pelo negro. Eran muy guapos pero no se hablaban. Carlos pensaba que tenían un problema pequeño porque nunca se hablaban. No decían nada.

Después los ojos de Carlos vieron a una mujer en el rincón. Era alta. Tenía el pelo largo y liso. Su pelo era muy diferente porque era morado. Llevaba un vestido azul con un suéter blanco. Tenía brazos pequeños y los labios de ella también eran de color morado. No era hermosa pero Carlos seguía mirándola.

—Mira a esa mujer —dijo Carlos. Seguía mirándola—. Ella es la primera mujer que veo con el pelo morado.

—Estoy de acuerdo, Carlos. Ella es muy diferente. Y muy flaca —le dijo Teresa.

—Aquí tienen Uds. la comida. Hay una hamburguesa, pizza, Coca-Cola y un jugo de naranja. También hay un sándwich de jamón —les dijo el mesero cuando llegó con la comida.

Todos comieron y todos hablaron. Hablaron del crucero y del océano. Hablaron de Ohio y Florida y México. Carlos no escuchó. Estaba observando a esa mujer, la mujer con el pelo morado. Teresa tenía razón. La mujer realmente era diferente. Tenía los brazos pequeños. Ella era como un insecto. Sus brazos y piernas eran como los brazos y piernas de un insecto.

La mujer insecta se sentó al lado de una pareja en la mesa de al lado. Carlos se preguntó: «¿Es ella hija de ellos?»

Ella les habló a ellos. Carlos trató de escuchar pero no oyó nada. La mujer sonrió y se rió. Después la mujer insecta hizo algo. No era normal. Carlos estaba sorprendido. La mujer insecta puso la mano debajo de la mesa y agarró algo. Carlos

no podía ver la cosa que agarró pero él sabía que tenía algo en la mano. Él trató de verlo. No vio nada. En un instante Carlos vio una luz brillante. La luz era como el reflejo de un diamante. La mujer insecta puso la cosa en el bolsillo de su vestido.

Carlos pensaba que la mujer insecta estaba robando algo. Él pensaba que no era la hija de ellos. Era ladrona. Les estaba robando algo. Era terrible porque le estaba robando algo importante a esa pareja vieja.

Carlos trató de no mirar. Pensaba que no debía mirar pero era imposible. Miró y seguía mirando.

Carlos miró a la mujer insecta y la mujer insecta lo miró a él. No le gustaban los ojos de la mujer. Eran ojos malos y crueles. Pensaba que eran ojos de ladrona. Posiblemente eran los ojos de una persona que mataba. Seguramente eran los ojos malos de una persona mala.

La mujer se levantó y anduvo lentamente. Anduvo como una persona que no tenía preocupaciones. Anduvo como una persona que no robó y que nunca robaba. Carlos pensó: «Oh, no. Oh, no.»

La mamá miró a Carlos y le dijo:

—Carlos, ¿qué pasa? ¿Estás enfermo?

Carlos escuchó a su mamá y se despertó de un minisueño.

—No, mamá, estoy bien. Estoy muy bien. No estoy enfermo. Me gusta el crucero.

Carlos bebió su Coca-Cola pero no se sentía bien. Se sentía mal, muy mal.

Ahora la mujer insecta salió del restaurante. Tenía algo en las manos o en el bolsillo de su vestido. Carlos sabía que tenía algo. La mujer tenía la apariencia de una persona mala. Sólo Carlos sabía por qué.

Capítulo dos

Todos estaban comiendo. Todos tenían hambre. Todos menos Carlos. Carlos no tenía hambre. Carlos sólo podía pensar en la mujer insecta. Él no pensaba en nada más que ella. No le dijo nada a nadie acerca de ella. No sabía qué hacer. ¿Quién era? ¿Por qué robaba? ¿Por qué le robó algo a esa mujer vieja? ¿Qué robó? ¿Debía hablar con otra persona acerca de ella? Pero ¿con quién? No había policías en el crucero. Carlos pensaba en todo esto cuando la familia anduvo al restaurante para comer en la noche.

Se sentaron a la mesa. Había lugares para seis personas. Carlos no sabía quién se iba a sentar en los otros lugares.

—Tengo hambre —dijo el papá—. La comida es buena. Es buena en todos los cruceros.

—Claro que es buena la comida —dijo la mamá—. Estamos en un barco que se llama La Fiesta. La comida tiene que ser buena.

—¿Tienen pizza? —le preguntó Teresa—. Quiero comer pizza.

A Teresa le gustaba la pizza más que nada. Sólo comía pizza. No quería comer otra cosa.

Carlos y su familia comieron el pan que estaba en la mesa. Mientras comían, dos personas vinieron y se sentaron a la misma mesa. Carlos estuvo muy sorprendido cuando vio quienes eran. Era la pareja vieja.

—Hola —dijo la vieja.

Ella les sonrió. Era muy simpática y era un poco gorda. Era muy similar a una abuela.

—Soy María Mendoza.

—Y yo soy Hugo Mendoza.

El hombre era muy viejo. No tenía mucho pelo. También sonría mucho.

—Somos la familia Ayala —dijo el papá—. Mucho gusto. Soy Roberto y ésta es mi esposa Mónica. Éstos son nuestros hijos. El chico es Carlos y la chica es Teresa.

—Es un placer —dijo la Sra. Mendoza.

Miró a Carlos y Teresa.

—Sus hijos son muy guapos.

La Sra. Mendoza era como su abuela. Sonría como ella y hablaba como ella. Carlos se sentía como un niño de cuatro años.

—Es un placer comer con Uds. El crucero es bonito, ¿no? —dijo la mamá.

—Sí. Todo es muy hermoso —les dijo la Sra. Mendoza—. Y es un placer comer con Uds.

—Es muy bueno conocer a personas como Uds. —les dijo el señor Mendoza—. ¿De dónde son Uds.?

—Somos de Cincinnati. Somos de Ohio —dijo el padre—. ¿Y Uds.?

—Vivimos en Los Ángeles ahora. Tenemos muchos años en los Estados Unidos. Realmente somos de una isla en México. Se llama Cozumel. Está cerca de Cancún. Estamos emocionados porque vamos a visitar México. Es la primera vez en muchos años. El barco va a estar en Cozumel mañana.

—¿Cómo es Cozumel? —les preguntó la madre.

El Sr. Mendoza habló mucho de Cozumel y de México. Dijo que era una isla tropical. Había muchas playas bonitas. Había muchos turistas. Había muchas plantas. El océano era muy bonito. El agua era muy bonita y clara. Había muchos corales y peces. Nunca hacía frío.

—Es la tierra de los mayas —les dijo la señora Mendoza. Ella hablaba rápidamente como una persona emocionada.

—¿Quiénes son los mayas? —le preguntó Teresa.

—¿No conoces los mayas? —le preguntó la Sra. Mendoza.

—¿Los mayas antiguos? ¿Ellos están vivos ahora? —le preguntó Teresa.

—Hay muchos mayas ahora. Los mayas comen comida maya. Hablan maya. Hacen mucho de lo que los mayas antiguos hacían. Nosotros somos mayas. Y somos un gran pueblo —le contestó la Sra. Mendoza.

—Es cierto —le respondió Carlos—. Nosotros estudiamos los mayas en nuestra clase de español.

Carlos sabía mucho de sus ciudades y su religión. Carlos sabía que los mayas eran muy buenos en la matemática. El alfabeto de los mayas no era un alfabeto con letras. Era un alfabeto pictórico. Ellos dominaban una gran parte de México y Centroamérica por muchos años.

—Tengo una razón especial para visitar México —les dijo la Sra. Mendoza—. Tengo un regalo para mi hermana. Ella vive en México hasta ahora.

—¿Un regalo? —le preguntó Carlos.

—Sí. Es un collar. Es un collar de mi abuela. No tengo hijos pero tengo un collar. El collar es parte de mi familia. Quiero dárselo a mi hermana Susana. Después ella puede dárselo a su hija —le dijo la señora Mendoza.

Carlos se sentía triste. Ahora sabía que esa mujer le robó el collar a la señora Mendoza. Era un collar de la familia, un collar especial, un collar muy viejo. Carlos se puso muy enojado cuando pensó en esto.

—Queremos darle el collar en Chichén Itzá —les dijo la señora Mendoza.

—¿Chichén pizza? ¿Qué es eso? —le preguntó Teresa.

—Chichén Itzá es una ciudad antigua de los mayas. Nosotros vamos a verla mañana o al día siguiente —les dijo Carlos.

—Yo sé. Yo sé —le dijo Teresa.

—El castillo allí es una pirámide. Es lo más impresionante de las ruinas —les dijo la Sra. Mendoza—. En la pirámide maya es donde quiero darle el collar a mi hermana. Es un lugar muy especial para nosotros los mayas.

—Qué bueno —dijo Teresa—. Una pirámide. ¿Es muy vieja, como los pirámides de Egipto?

—Sí, es muy vieja —dijo el señor Mendoza—. El castillo y Chichén Itzá estaban allí muchos años antes de Cristóbal Colón.

—Qué interesante —contestó Teresa—. El castillo y Chichén Itzá son viejos, más viejos que nuestro padre—. Teresa se rió pero su padre no se rió. No sonrió tampoco.

—Chichén Itzá es un lugar muy especial para los mayas —les dijo la Sra. Mendoza—. Mi hermana va para allá y vamos a darle el collar. Estoy muy emocionada de ver a mi hermana. Hace muchos años que no la veo.

Carlos no sabía qué hacer. ¿Debía hablar con los Mendoza de la mujer? Miró los ojos de la señora Mendoza. Ella era muy simpática. Carlos no le podía dar las noticias malas del collar. Si ella sabía que no tenía el collar, iba a estar muy triste. Carlos iba a encontrar el collar. Iba a buscar a esa mujer. Carlos iba a encontrar el collar y dárselo a la señora Mendoza.

Capítulo tres

—Estás de mal humor. ¿Por qué estás de mal humor? —le preguntó Teresa a Carlos.

Teresa se enojó con Carlos. Carlos estaba preocupado de los Mendoza. Se preocupaba tanto que no se divertía en el crucero. Toda la familia se divertía menos Carlos. Los otros fueron a bailar pero Carlos no fue con ellos. Los padres miraron el mar pero Carlos no los acompañó. Ahora Carlos quería buscar a la mujer insecta. Después de comer Carlos anduvo por todas partes del barco buscando a la mujer insecta.

—Carlos, ven con nosotros. Diviértete. Vamos a jugar. No estés de mal humor —le dijo Teresa.

—No me molestes, Teresa. Estoy pensando en cosas más importantes —le dijo Carlos.

—¿Por ejemplo? —le preguntó Teresa—. ¿Estás pensando en andar un poco o dormir? Carlos, estamos en un crucero en el mar Caribe. Estamos en el crucero para divertirnos. Pero tú no te diviertes nada. No haces nada. Necesitas vivir, Carlos.

—Teresa, no tengo tiempo para divertirme. Tengo cosas importantes que hacer —le respondió Carlos.

—Oh, sí, sí, como andar muy preocupado por todo el barco —le dijo Teresa.

—No es eso —le dijo Carlos.

—¿Qué? ¿Qué es lo que es? —le preguntó Teresa.

—Es un secreto —le dijo Carlos.

—Me encantan los secretos. Dime tu secreto. No se lo digo a nadie. Tu secreto es mi secreto. Te lo prometo —le dijo Teresa.

Teresa, por favor, no se lo digas a nuestros padres. ¿De acuerdo? —le responde Carlos.

—No le digo nada a nadie. Tu secreto es mi secreto —le repitió Teresa.

—¿Recuerdas a esa mujer diferente? La mujer que tiene la apariencia de un insecto.

—¿La mujer rara con el pelo morado?

—Sí, ella —le dijo Carlos. Carlos le dijo todo. Le dijo que la mujer insecta le había robado un collar especial a la familia Mendoza.

—¡Esto es terrible! —le gritó Teresa—. Tenemos que encontrar a esa mujer terrible.

—¿Dónde está? Hace mucho tiempo que la busco. No la encuentro.

—¡Qué tonto eres!, Carlos. No sabes dónde buscar —le dijo Teresa—. Ella no va a andar por el barco. Pienso que va a los lugares populares. Va a las fiestas de medianoche. Va a los shows del crucero en la noche.

—Teresa, tú eres la que sabes todo. ¿Dónde está ella?

—Está en el bufé de medianoche. Es asombroso. Todos van y llevan ropa elegante. Hay música superbuena y comida fenomenal. Ella va a estar allí. Es seguro.

—Es posible, Teresa.

—Vamos, Carlos. Vamos a buscarla.

—De acuerdo. Vamos.

—Y Carlos, diviértete. Sonríe.

Había toda clase de comida por todas partes en el bufé de la medianoche. Había carne y queso, pescado y pollo, pan y mantequilla, helado y pastel, comida de México, comida de Italia, comida de Francia, comida de todas partes. ¡Comida! ¡Comida! ¡Comida!

Había mucha gente en la cena. La gente llevaba ropa elegante. Todos estaban riéndose y sonriendo. Era una fiesta grandota.

Un grupo mexicano estaba tocando la música. El grupo se llamaba El Norteño. Todos estaban bailando.

Teresa tenía razón. Todos fueron a la comida de medianoche. Carlos quería ver a la mujer insecta.

Carlos consiguió un helado. Teresa consiguió pizza con mucho queso. Los dos comieron con gusto.

—Esta comida es maravillosa —le dijo Teresa.

—Esto es muy divertido —le dijo Carlos—. Estoy contento.

Mientras comía, buscó a la mujer insecta.

—¿Ves a tu ladrona? —le preguntó Teresa.

—Todavía no —le dijo Carlos.

—Va a venir. Todos vienen a la comida de la medianoche —le contestó Teresa.

—Ya veo. Hay mucha gente aquí.

—¿Te gusta la música? —le preguntó Teresa—. Están cantando en español.

—Sí. Me gusta —le dijo Carlos.

—Quiero bailar, Carlos. No sé bailar. Vamos a bailar. Tú puedes enseñarme a bailar —le dijo Teresa.

Carlos comió su helado y Teresa comió su pizza. Los dos salieron a bailar. Carlos le enseñó a Teresa a bailar. Pensaba que era extraño bailar con su hermana pero no importaba. Las hermanas tenían que bailar también.

—Tú bailas muy bien —le dijo Carlos.

—¿De veras? —le preguntó Teresa.

Carlos estaba bailando cuando vio a la mujer insecta. No lo podía creer. Allí estaba, sentada a una mesa comiendo pan, queso y helado. Estaba sola en la mesa.

—Teresa —le dijo Carlos—, mira. Allí está la mujer insecta.

Teresa miró.

—Tienes razón —le dijo ella—. Esta noche se parece aún más a un insecto en ese vestido largo y negro.

—Sí, es cierto —le dijo Carlos—. ¿Qué hago ahora? ¿Llamo a la policía? ¿Hablo con el capitán? ¿Hablo con nuestros padres?

—Habla con ella —le dijo Teresa—. Dile que sabes que ella robó el collar. Ella les va a dar el collar a los Mendoza. Estoy segura.

Carlos tenía miedo. No quería hablar con ellos. Y no quería hablar con esa mujer mala. Le tenía miedo.

—Yo sé qué hacer —le dijo Teresa—. Habla con ella e invítala a bailar contigo. Puedes hablar con ella mientras bailen.

—No sé —le dijo Carlos—. No quiero bailar con ella.

—Carlos, es importante. Los Mendoza necesitan tu ayuda.

Carlos anduvo hacia la mujer insecta.

—Disculpa —le dijo—. ¿Quieres bailar?

La mujer insecta estaba muy sorprendida. Le dijo a Carlos:

—Tú eres muy joven para mí. ¿Cuántos años tienes?

—No importa —le respondió Carlos.

La mujer insecta es joven pero no tan joven como Carlos. Tenía unos veinticinco o treinta años.

La mujer insecta sonrió. Sonrió con la boca pero no sonrió con los ojos. Por fin le dijo:

—Pues sí, vamos a bailar. Me gusta la música.

Carlos anduvo con ella. Tenía miedo. Quería hablar con ella pero no sabía qué decirle.

Carlos y la mujer insecta hablaron mientras bailaban. Su nombre era Liba Tyler. Vivía en Nueva York. Quería ir a México para ver Chichén Itzá. No le habló a Carlos de su trabajo pero Carlos sabía que ella es ladrona.

Bailaron dos veces. Después Liba le dijo a Carlos:

—Creo que te conozco. Creo que recuerdo. Tú estabas en este cruce ayer.

Carlos tenía más miedo que nunca. Él le dijo:

—Tú robaste un collar. Sé que robaste un collar. Sé que lo tienes ahora.

Liba Tyler no bailó más. Con ojos fríos miró a Carlos. Le dijo:

—No sabes nada.

—¡Dame el collar de los Mendoza! —le gritó Carlos.

Liba le miró los ojos.

—Mira, niño, no me hables más de eso. Vas a tener problemas. Vas a tener muchos problemas. No más. ¡NO MÁS! —le gritó Liba.

Liba se fue. Carlos estaba muy enojado. Quería regresar a su dormitorio. No quería hablar de nada. No quería bailar. Sólo quería dormir.

Capítulo cuatro

—¡Estamos en Cozumel! ¡Me encanta Cozumel! —gritó la madre mientras andaban por las calles de San Miguel. San Miguel era la única ciudad en la isla. Realmente no era una ciudad. Era un pueblo.

—Es hermoso —dijo el padre—. Es como dicen los Mendoza. Mira el mar. Es precioso. Me encanta el color azul.

Hoy Carlos, Teresa y los padres salieron para las ruinas de la ciudad antigua de los mayas. Salieron para ver Chichén Itzá. Carlos estaba muy emocionado porque iba a ver el castillo. Quería ver una ciudad que tenía dos mil quinientos años. Nadie vivía en Chichén Itzá ahora. Los Ayala anduvieron rápidamente por las calles de San Miguel. Necesitaban llegar al barco que iba para Playa del Carmen. Playa del Carmen estaba en la península de Yucatán. En Playa del Carmen iban a tomar un autobús para Chichén Itzá.

Mientras andaban, Carlos vio a un policía en la calle.

—¡Esperen un momento! —les gritó a los otros—. Voy a hablar con ese policía por un momento.

—Está bien —le respondió la mamá—. Vamos a esperarte en esa tienda. Quiero comprar una camisa que dice «México».

Los padres y Teresa fueron a la tienda.

Carlos anduvo hacia el policía. El policía estaba sentado en su coche. Era gordo con pelo rizado y ojos pequeños. Carlos habló con él acerca del collar de los Mendoza y la mujer insecta.

—Es muy triste —le contestó el policía—. La pobre familia Mendoza. Lo siento mucho pero no te puedo ayudar. Necesitas hablar con un oficial del crucero. Puede ayudarte mucho más que yo.

—Por favor, señor policía. Ud. tiene que hacer algo. Los Mendoza son viejos. Esa mujer es terrible. Es ladrona.

—No puedo ayudarte. Tienes que encontrar un policía americano. Él puede ayudarte —le dijo el policía mexicano—. Yo no puedo perseguir a los ladrones que vienen de los Estados Unidos. Es mucho trabajo y después regresan a los Estados Unidos y no tengo nada. ¿Comprendes? Es mucho trabajo para nada. Habla con el capitán del crucero. Él puede ayudarte.

—Gracias —le dijo Carlos con una voz de enojo. Se fue triste y desilusionado.

«¿Así es? La policía de aquí no me va a ayudar.», pensó Carlos. No había policía en el crucero. Carlos no podía hacer nada. Cuando fuera a los Estados Unidos, no podía hacer nada. Los Mendoza iban a regresar a Los Ángeles. Los Ayala iban a regresar a Cincinnati. Y Liba Tyler iba a volver a Nueva York con el collar de los Mendoza. Carlos trató de no pensar en esto. No lo iba a pensar más mientras estaba en México. Posiblemente en los Estados Unidos pudiera hacer algo.

Carlos regresó a su familia. Anduvieron hacia el barco. El barco estaba listo para salir. Carlos y su familia se subieron al barco.

—Hola, Carlos —le dijo una voz en el barco. Carlos miró hacia atrás y vio a los Mendoza—. Es un placer verte de nuevo —continuó el Sr. Mendoza.

—El placer es mío —le respondió Carlos—. ¿Está contento de estar aquí en México?

—No estoy contento. No estoy contento nada —le dijo el Sr. Mendoza.

Carlos sabía por qué la familia Mendoza no estaba contenta pero no les dijo nada.

—Qué lástima. Este es su día especial. Hoy van a ver Chichén Itzá —dijo Carlos.

—Las cosas no van bien. Tenemos un gran problema. No sabemos donde está el collar de la familia.

—¡Qué malo! —les dijo Carlos.

—Sí, es terrible —le dijo la Sra. Mendoza—. Quiero llorar.

—Nosotros vamos a buscarlo y vamos a encontrarlo —le dijo el Sr. Mendoza.

—Estoy triste porque hoy es el día en que quiero darle este regalo tan especial a mi hermana. Puedo mandarlo por Federal Express pero no es lo mismo —le dijo la Sra. Mendoza—. Mi hermana y yo somos mayas. El collar es maya. Estamos en la tierra de los mayas. Quiero darle el collar especial en la tierra de los mayas.

—Lo siento mucho —le dijo Carlos. Sonrió pero no dijo más.

El barco salió para Playa del Carmen. Todos miraron el mar. Nadie estaba enfermo excepto el papá. El papá estuvo muy contento cuando llegaron al puerto de Playa del Carmen. Se bajaron del barco y fueron directamente al autobús que les iba a transportar a Chichén Itzá.

El autobús pasó por la selva. Había muchas plantas y árboles. Era una selva grandísima. Hacía mucho calor y el aire era muy húmedo. Pasaron por pueblos pequeños y miraron a la gente trabajando. Los hombres estaban llevando guayaberas y las mujeres estaban llevando huipiles. Las guayaberas eran camisas con cuatro bolsillos. Los huipiles eran vestidos blancos. Estaban asombrosamente blancos.

Después de tres horas y media el autobús llegó a Chichén Itzá. Todos se bajaron. Carlos estaba observando. Carlos observó a Liba cuando ella se bajó del autobús. Estaba sonriendo. Estaba llevando una camiseta blanca con pantalones cortos azules. Estaba llevando una bolsa en los hombros. «¿Está el collar en la bolsa?», se preguntó Carlos.

Carlos vio a la pobre Sra. Mendoza. Ella estaba tan triste porque no tenía el collar. Carlos vio a la mujer insecta, Liba. Tenía que encontrar el collar para la señora Mendoza.

En un instante Carlos corrió hacia Liba.

—¡Ladrona! —le gritó. Miró a la Sra. Mendoza y le gritó:

—¡Esa mujer tiene su collar!

La señora Mendoza se puso pálida. Tenía miedo.

—Estoy seguro. Ella lo robó. Lo robó en el crucero.

—Hijo, ¿qué estás diciendo? ¿Estás loco?

—No, papá. ¡Esa mujer robó el collar! —le gritó Carlos. Carlos se dio vuelta pero Liba no estuvo. Carlos vio que ella estaba corriendo hacia la antigua ciudad maya de Chichén Itzá.

Capítulo cinco

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Esa mujer es ladrona! —les gritó Carlos—. Sra. Mendoza, esa mujer tiene su collar. Lo robó de su bolsa cuando estábamos en el crucero.

—¡Qué malo! —gritó la señora Mendoza—. ¿Qué podemos hacer?

—Vamos a buscar un policía —les dijo la mamá—. La policía la puede encontrar.

—Mónica —le dijo el Sr. Mendoza—, esa mujer mala no está. Está en la selva. La selva tiene muchos árboles. Es imposible encontrarla en la selva.

—Sí, es cierto —le dijo la señora Mendoza—. Es imposible encontrarla en la selva. Hay muchas plantas, árboles y animales.

—Pero ella no puede escapar —les dijo Teresa—. Es ladrona y tiene la evidencia.

—Más tarde podemos buscar la policía pero ahora vamos a buscarla a ella —les dijo Carlos—. No puede escapar. Somos muchos y ella es una.

—No más. No más —contestó la señora Mendoza—. Estamos en México. Estamos en Chichén Itzá. Estoy contenta porque voy a ver mi hermana. Es un día hermoso. No quiero pensar en esa mujer mala.

—Sí, María, tienes razón —le dijo la Sra. Ayala—. Vamos a buscar a Susana y olvidarnos de la mujer insecta. Vamos a buscar a la mujer insecta mañana.

Los señores Mendoza se agarraron de la mano y anduvieron lentamente por la calle. Estaban tristes cuando pensaban en el collar pero trataban de no pensar en él. La familia Ayala anduvo por la calle también. Un grupo de niños corrió hacia ellos.

—¿Quieren comprar Coca-Cola?

Las niñas andaban con collares y llevaban vestidos de muchos colores.

—¿Quieren comprar collares o juegos? —les preguntaron las niñas.

Los niños eran muy bonitos. La familia Ayala compró algunas cosas.

Carlos compró agua. Hacía mucho calor en México. Hacía mucho más calor en México que en Ohio. Carlos quería beber diez botellas de agua. Todo el grupo compró

agua. Todos tenían calor y todos tenían sed. El agua estaba muy buena. Los niños estaban muy contentos por el dinero que recibieron.

En pocos minutos la familia Ayala estaba en la ciudad antigua de Chichén Itzá. Era emocionante estar en una ciudad antigua. Era difícil creer que los mayas de Chichén Itzá vivían aquí hace miles de años. No había mucho en los Estados Unidos que tenía miles de años.

Entraron y fueron al Caracol. Era muy grande. Los mayas estudiaban las estrellas desde el Caracol. Los mayas pensaban que la astronomía era muy importante. Pensaban que conocían a los dioses cuando estudiaban las estrellas. Más tarde los Ayala fueron a donde los mayas jugaban un juego muy similar al fútbol americano. Había una diferencia. Si no ganabas en este juego, perdías la cabeza. Carlos estaba contento porque no vivía en ese tiempo.

Era emocionante estar en Chichén Itzá. La familia Ayala aprendió mucho acerca de las personas que vivían allí antiguamente. Pero Carlos estaba pensando en los Mendoza. Está muy preocupado por sus problemas. Estaba triste por ellos. Carlos comprendió porque la Sra. Mendoza quería darle el collar a su hermana aquí. Chichén Itzá era grande y muy bonito. Era fenomenal. Lo más fantástico de todo era el castillo.

El castillo era grande—supergrande. Carlos lo miró y pensaba en las pirámides egipcias. Había una diferencia obvia entre las pirámides egipcias y la pirámide maya. La pirámide maya era plana por encima. Carlos y Teresa querían subir el castillo pero hacía mucho calor. Decidieron sentarse debajo de un árbol y beber un refresco.

Más tarde Carlos y Teresa subieron el castillo. Los escalones eran pequeños porque los mayas eran pequeños. Los pies de Carlos eran muy grandes. Pero Teresa y él subieron. Hacía mucho calor pero subieron y subieron. Querían ver la ciudad desde arriba. Contaron los escalones. Había noventa y uno. Cada escalón representaba un día del año. La pirámide tenía cuatro lados. Y cada lado tenía noventa y uno

escalones. Después vino el último escalón en la parte más alta. Este escalón representaba el día número trescientos sesenta y cinco del año.

Después de unos minutos estaban en la parte más alta de la pirámide. Lo miraron todo. Todo era muy hermoso. Había muchos árboles. Había muchas plantas bonitas. Chichén Itzá era muy impresionante desde arriba. Todos los turistas miraron. Miraron la parte más antigua de Chichén Itzá. Estaban muy impresionados con todo lo que vieron.

—No me gusta —dijo Teresa—. La pirámide es demasiado alta.

—A mí me gusta —le dijo Carlos—. Es fantástica.

—Sí, es bueno pero tengo miedo —le dijo Teresa—. No me gustan los lugares muy altos. Me voy a bajar.

—Sí, es muy alto —le dijo Carlos—. ¿Es posible caerse desde aquí?

—Si una persona se cae, se muere —le dijo Teresa.

Teresa comenzó a bajarse del castillo.

Carlos no se bajó. En un instante una persona le agarró el cuello. No podía respirar.

—Tú eres la cucaracha. Les dices todo a todos. Piensas que sabes mucho —dijo. Era Liba Tyler. Carlos trató de escapar pero no pudo. Carlos tenía miedo. Carlos tenía mucho miedo. En toda su vida no había tenido más miedo.

Ahora Liba le soltó el cuello y Carlos podía respirar.

—Carlos, vas a caerte del castillo. Vas a ser muy famoso porque vas a morir en Chichén Itzá. ¿Qué van a pensar tus padres? ¿Van a llorar? ¿Y tu hermana? ¿Qué va a pensar ella? No va a tener hermano. Va a estar sola con tus padres. Es muy triste, Carlos. Tu hermana va a llorar cuando te caigas del castillo. Pobre Carlos—muerto y sólo tenía dieciséis años. Es muy triste.

—¡Eres mala! —le gritó Carlos—. Robas y ahora eres asesina.

—No soy asesina —le contestó Liba—. Ahora no soy pero no sabemos del futuro.

Liba se rió. Se rió como una persona muy mala. Liba no era simplemente la mujer insecta. Era peor que un insecto. No había nadie peor que la mujer insecta.

—¡Por favor! ¡Quieroirme! —le gritó Carlos—. ¡Por favor! ¡Quieroirme ahora!

Liba agarró un cuchillo y lo puso en frente del cuello de Carlos. Anduvo hacia el borde del castillo. Liba y Carlos estaban muy, muy cerca del borde.

—¡Quieroirme! —le gritó Carlos.

—No es posible. Sabes demasiado. El collar de los Mendoza no es un collar normal. No es un collar típico. Ese collar tiene mucho valor. Es muy antiguo y vale millones de dólares.

—¿Cómo sabes? —le dijo Carlos. Carlos quería hablar con Liba. Mientras Liba estaba hablando, no estaba empujando.

—Conozco a Rosina Mendoza. Me dijo todo acerca del collar —contestó.

—¿Rosina Mendoza? ¿Quién es ella? —le preguntó Carlos.

—Es la hija de Susana. La Sra. Mendoza quiere darle el collar a ella. Pero no es posible. Ahora no. El collar es mío. Ellos no tienen el collar.

—¿Qué tipo de mujer eres? —le gritó Carlos—. Le robas a una mujer vieja.

—Soy una mujer mala —le contestó Liba—. Soy muy mala. Pero voy a ser una mujer mala y rica. Voy a ser rica si tú no haces nada. Pero si hablas con la policía, no voy a ser rica.

Carlos cerró los ojos. No sabía qué hacer. Si trataba de escapar, podía caerse del castillo. Pensaba en su cuerpo cayendo del castillo. Si se caía, se moría.

Carlos no sabía qué hacer pero sabía que es demasiado joven para morir.

Capítulo seis

—Carmen Ochoa, suelta el cuchillo. El chico puede irse.

Carlos escuchó la voz de un hombre. No conocía a Carmen Ochoa. Y no sabía quién es el hombre que habló porque tenía los ojos cerrados y no le conocía la voz.

Después Carlos abrió los ojos. Miró a un hombre gordo. Es el policía de Cozumel. No lo podía creer.

—Carmen, no seas tonta —le dijo el policía—. Suelta al chico.

—No —le dijo Liba, el chico va a morir.

El policía estaba muy calmado.

—Carmen, tienes muchos problemas. No necesitas más problemas. Suelta al chico.

Carlos escuchó todo. Pensó: «Ella se llama Carmen. No se llama Liba. ¿Quién es Liba?»

—Dame el cuchillo, Carmen —le dijo el policía.

Carmen soltó el cuchillo. El policía lo recogió.

—Está bien, Carmen. Ahora, suelta al chico.

Carmen quitó la mano del cuello de Carlos. Empujó a Carlos hacia el policía.

—Tú eres una cucaracha! —le gritó Carmen.

A Carlos no le importaba nada lo que gritó Carmen. Estaba muy contento de estar vivo. No se cayó desde la parte más alta del castillo.

El policía agarró a Carmen.

—Carmen, ¿por qué haces esto? ¿No aprendes nunca?

Dos policías más se subieron a la parte más alta del castillo. Agarraron a Carmen del brazo. Le hablaron a ella pero Carlos no les escuchó.

Carlos anduvo muy despacio. Se sentía enfermo y sus piernas estaban muy cansadas.

—¿Estás bien?, chico —le preguntó el policía gordo.

Carlos no se sentía bien pero no lo quería admitir.

—Estoy bien. No me pasa nada —le dijo Carlos.

—Estás un poco pálido —le dijo el policía—, ¿Puedes bajarte de la pirámide sin problema?

—Sí, puedo bajarme. Es mucho mejor bajarme a pie en vez de bajarme por el aire.

El policía se rió. Carmen no se rió. El policía se bajó lentamente con Carmen. Carmen no se escapó. Carlos se bajó con las piernas muy cansadas.

Cuando llegaron abajo, vino otro policía y Carmen fue con él. El policía gordo acompañó a Carlos hacia su familia. Carlos estaba muy contento cuando miró a su familia.

El policía les dijo:

—Su hijo es un héroe.

—¿Quién? ¿Carlos? —le preguntó Teresa—. No lo creo.

El policía le sonrió a Teresa y le dijo:

—Sí, es cierto. Carlos nos ayudó a capturar a una persona muy mala.

—¿Carlos? ¿Es cierto? —le preguntó el papá.

Cuando la mamá miró a Carlos le dijo:

—Carlos, ¿estás bien?

—Estoy bien, mamá. No me pasa nada —le dijo Carlos.

—Carmen Ochoa es ladrona. Es una persona muy mala. Les roba collares y relojes a muchas personas. Siempre les roba a las personas viejas. Siempre les roba a los turistas americanos.

—¡Qué terrible! —les dijo la mamá.

—Hablé con Carlos en Cozumel. Yo pensé que no era nada. Después pensé en Carmen Ochoa —les explicó el policía.

—Pero Liba es de Nueva York o Carmen es de Nueva York —le dijo Carlos—. ¿Cómo sabe Ud. el nombre de ella?

—Todos los policías en México la conocemos —le dijo el policía gordo—. No vive en Nueva York y no es americana. Vive en Mérida o Cozumel o Cancún. Si hay turistas en una ciudad, Carmen vive allí. Carmen vive en todas las ciudades que tienen turistas. Es una ladrona terrible. Les roba a muchos. Les roba a muchos turistas.

—Así que no se llama Liba —le dijo Carlos.

—No. Ella usa muchos nombres diferentes —le dijo el policía.

—¿Por qué está Ud. en Chichén Itzá? —le preguntó la mamá.

—Después de hablar con Carlos en Cozumel, vine a Chichén Itzá. Necesitaba saber si el chico hablaba de Carmen. Cuando llegué a Chichén Itzá, sabía que en realidad era la famosa Carmen Ochoa —les contestó el policía de Cozumel.

—Me gusta —dijo Teresa—. Mi hermano. . . un héroe.

—Realmente eres héroe, Carlos —le dijo la mamá.

—Bien hecho, hijo —le dijo el papá.

—Sí, Carlos, realmente bien hecho, ¡muy bien hecho! —le dijo Teresa.

Mientras todos hablaban, la familia Mendoza miró a la familia de Carlos. Otra mujer vieja estaba con ellos y también había una chica muy joven y bonita con ellos.

—María, tenemos información muy importante para Uds. —dijo la mamá.

—Hola. Ésta es mi hermana Susana y ésta es su hija Rosina —les dijo la Sra. Mendoza.

—Mucho gusto —les dijeron todos. Carlos miró a Rosina.

—¿Qué información tienen para mí? —les preguntó la Sra. Mendoza.

—Carlos, díles —le dijo el papá.

—La policía encontró el collar —les dijo Carlos —y arrestaron a la ladrona también.

La Sra. Mendoza se puso muy contenta. Estaba muy emocionada y le preguntó:

—¿Dónde está?

Uno de los policías anduvo hacia ellos. En la mano tenía un collar hermoso. El collar era de oro. Tenía la apariencia de una estrella de oro con jade en los puntos y un diamante en medio.

La Sra. Mendoza tomó el collar. Ahora estaba muy contenta.

—Gracias —les dijo a Carlos y al policía—. Gracias por todo. Gracias por encontrar el collar.

—De nada —le dijo Carlos.

—No es nada —le dijo el policía.

—¿Qué dicen Uds.? —les preguntó la Sra. Mendoza a Susana, a Rosina y al Sr. Mendoza—. ¿Quieren subir el castillo como nuestros antepasados?

—Sí —dijeron todos—, y arriba podemos darle el collar a Rosina.

—Este es un día muy especial para ellos —dijo la mamá —gracias a Carlos.

Carlos se puso rojo.

—Vamos a comer —les dijo Carlos—. Tengo hambre.

—Buscar a los ladrones puede causar hambre —le dijo el papá.

Los Ayala se rieron. El policía le dio gracias a Carlos de nuevo y se fue. Carmen ahora no estuvo. Carlos sabía que todo iba a resultar bien. Era la experiencia más increíble de su vida.